La vista desde aquí

Reflexiones de un viajero imperfecto

Un protector y un arreglador

En algún momento temprano de mi vida, aprendí que el amor podía consolar y también herir. En mi casa, el alcohol y el abuso volvían inciertos los momentos que debían sentirse seguros. Yo veía cómo cambiaba el ambiente de un cuarto cuando subía la tensión. Vi a personas que se amaban hacerse daño profundamente. Eso es difícil de entender para un niño, así que hice lo que muchas veces hacen los niños. Empecé a observar.

Ahí nació el protector en mí. Me volví atento a los rostros, a los estados de ánimo y a los tonos antes de que se dijeran las palabras. Aprendí a leer el cuarto antes de que el cuarto admitiera lo que estaba pasando. Traté de proteger a mi madre y a mi hermano. Traté de ponerme entre el problema y las personas que amaba, aun cuando yo era demasiado pequeño para el peso que cargaba.

Nadie me dio ese trabajo. No hubo ceremonia, ni insignia, y mucho menos manual de instrucciones. Simplemente lo tomé porque sentía que alguien tenía que hacerlo. También me convertí en un arreglador.

Yo suavizaba las cosas, distraía, negociaba y cargaba preocupaciones de adulto sobre hombros de niño. Ese papel no se jubila fácilmente. Aún hoy, la gente me trae sus situaciones rotas — problemas de familia, problemas de iglesia, problemas de negocio, problemas de vida — y algo dentro de mí todavía busca la caja de herramientas. A veces ayudo. A veces me paso de la raya. A veces peleo batallas que no son mías y trato de reparar a personas que no quieren ser reparadas.

Con el tiempo, he aprendido que preocuparse no es lo mismo que cargar. Ayudar no es lo mismo que rescatar. Amar no exige que yo me pare en medio de cada tormenta con cinta adhesiva en una mano y una llave en la otra, aunque la cinta adhesiva ha salvado más de una situación. La mejor protección muchas veces es más callada que eso. A veces es escuchar. A veces es crear seguridad. A veces es sentarse al lado de alguien en su dolor sin tratar de explicarlo todo.

Esa comprensión es una de las razones por las que la iglesia llegó a ser tan importante para mí — no como actuación, no como espiritualidad pulida, y no como un lugar donde la gente compite por ver quién suena más santo. Me refiero a la iglesia como santuario. Un lugar donde las personas heridas pudieran respirar y donde la gracia tuviera la última palabra. Yo necesitaba ese refugio, así que pasé años tratando de ayudar a crearlo para otros.

Aprender de la manera difícil

La escuela fue una lucha. Repetí tercer grado, y para mí se sintió como una marca pública de fracaso. Cuando uno es niño, algo así no se siente como un pequeño atraso académico. Se siente como un letrero colgado del cuello.

Recuerdo que mi padre le dijo a mi madre que me llevara a hacer pruebas “para ver si era tonto”. Esas palabras cayeron pesadas. Yo no era tonto. Estaba batallando. Hay una diferencia, pero me tomó años entenderlo y todavía más tiempo creerlo.

Sobreviví convirtiéndome en el payaso de la clase. El humor me daba una forma de controlar las aulas donde me sentía atrasado. Si podía hacer reír a la gente, quizá no notarían dónde estaba batallando. El humor podía sacarme de problemas. El humor podía meterme en problemas. A veces lograba hacer las dos cosas antes del almuerzo, lo cual requiere talento o mal juicio.

También fue entonces cuando encontré el sarcasmo. El sarcasmo era rápido, filoso y útil. Podía hacer reír a la gente antes de que se dieran cuenta de que alguien había sido cortado. Aprendí a usar el humor como un cuchillo, no siempre porque quisiera herir a alguien, sino porque me ayudaba a sentirme menos indefenso. Me tomó mucho tiempo aprender que un chiste que protege al que lo dice todavía puede herir al que lo recibe. He tenido que entregar a Dios la parte armada de mi humor, sin perder la parte que sana. El humor me ha salvado más veces de las que puedo contar, pero el humor filoso necesita una mano cuidadosa. Yo no siempre la he tenido.

Como el aprendizaje tradicional no me venía fácil, me adapté. Aprendí observando, haciendo, repitiendo y conectando las ideas con la vida real. Aprendí por medio de personas, imágenes en mi mente, observación, humor y experiencia. La vida misma se convirtió en mi aula. A veces fue un aula dura, pero enseñó bien.

Esa lucha me dio empatía por las personas que no aprenden, no recuerdan, no hablan o no sanan de la misma manera que los demás. También me hizo desconfiar de títulos, grados y credenciales religiosas cuando la gente los usa como tronos.

Respeto el aprendizaje honesto. Respeto la responsabilidad ganada. Pero no adoro papeles enmarcados, cargos importantes ni lenguaje de iglesia vestido para sonar profundo.

He conocido personas sabias y llenas de gracia con poca educación formal. He conocido personas arrogantes con paredes llenas de diplomas. Un título puede decirme lo que alguien ha hecho. No puede decirme quién es.

Santuario

La iglesia me importó porque necesitaba un lugar seguro. No un lugar perfecto. Las iglesias están llenas de personas agrietadas como yo, y las personas agrietadas suelen traer sus grietas con ellas. A veces también traen comida, así que algo se compensa.

Pero yo necesitaba santuario. Necesitaba un lugar donde las almas heridas pudieran ser honestas. Un lugar donde una persona no tuviera que ser impresionante para importar. Un lugar donde Dios pudiera encontrarse con personas quebrantadas sin que todos fingieran que no estaban quebrantadas.

Serví como pastor de jóvenes durante once años. De medio tiempo en el papel, de tiempo completo en el corazón. Esos años estuvieron llenos de retiros, noches largas, mala pizza, risas, oración, música, viajes en van y momentos de verdadero avance. También estuvieron llenos de dolor profundo — suicidio, duelo, familias rotas y jóvenes cargando más de lo que sabían nombrar.

Esos años me enseñaron que el ministerio no se trata principalmente de plataformas o programas. A veces el ministerio es permanecer presente cuando el cuarto está pesado y las palabras se quedan cortas. A veces es escuchar. A veces es llorar con la gente. A veces es decir muy poco porque la situación es demasiado dolorosa para respuestas fáciles.

Dios se hizo presente en el caos más a menudo que en los planes pulidos. Camp Lee y el Retiro Juvenil Ichthus fueron profundamente importantes para mí porque llegaron a ser santuario en movimiento. Había música, risa, agotamiento, oración, confusión, gracia y adolescentes descubriendo que la fe podía ser real sin ser rígida ni sin vida.

Probablemente hubo momentos en que todo se veía organizado desde afuera. Eso era una ilusión.

El ministerio juvenil tiene una manera de recordarte que el control es mayormente teórico. Puedes planificar el horario, imprimir los formularios, coordinar a los oradores, y aun así terminar resolviendo alguna crisis de zapatos perdidos, sentimientos heridos, logística de la van y alguien que olvidó cada instrucción que recibió en los últimos diez minutos. Y de alguna manera, Dios todavía se hace presente.

Cometí muchos errores. A veces empujé demasiado. A veces cargué demasiado. Traté de arreglar cosas que necesitaban más oración y menos Dale. Pero espero que algunos jóvenes hayan encontrado espacio para respirar. Espero que hayan sabido que eran vistos. Espero que hayan encontrado un poco de seguridad, un poco de risa y un poco de gracia.

Porque eso era lo que yo también estaba buscando.

Cuando el camino se volvió real

El camino se volvió real para mí en 1988, en mi primer viaje misionero a Costa Rica. Fui con un equipo dental. Yo no era el dentista, y no era el predicador. Mayormente sostenía luces, grababa video, entretenía niños y me mantenía en segundo plano. En otras palabras, trabajo misionero altamente especializado.

Ahí fue donde conocí a Shirleny. Tenía ocho años. Después de que el dentista le arregló uno de sus dientes de enfrente, sonrió con esa clase de sonrisa que cambia todo el cuarto. Su rostro se iluminó, y todas sus amigas querían ver.

Al día siguiente, le pregunté cómo le había gustado a su mamá su nuevo diente. Su rostro se apagó. Yo no sabía que no tenía madre. No sabía que era huérfana. Hice una pregunta sencilla y caminé directo hacia una herida profunda.

Más tarde, la acompañé a la casa de su abuela y vi dónde vivían. Era una casita de dos cuartos con techo de lámina y piso de tierra. Las paredes tenían espacios donde las tablas no se juntaban. Se podía ver hacia adentro por algunas partes de la casa.

Esa noche, las quejas que habíamos estado haciendo sobre nuestro hotel de repente se sintieron vergonzosamente pequeñas. Me desperté como a las dos de la mañana llorando más fuerte de lo que jamás había llorado. No era lástima por mí mismo. Eso era lo diferente. Mi corazón estaba doliendo por alguien más.

Dios usó a esa niña para abrir algo dentro de mí. Vi mi propio egoísmo con más claridad de la que quería, pero también sentí que Dios suavizaba algo en mí.

Antes de irnos, le di a Shirleny cinco dólares. Ella tomó mi mano y me llevó al otro lado de la calle, a una tiendita, donde usó ese dinero para comprarme una Coca-Cola. Yo tenía tanto, y ella tenía tan poco, y aun así me dio algo a mí. En ese momento, yo era el que tenía menos. Ella era la maestra.

Ese viaje cambió la manera en que veía la pobreza, la generosidad, las misiones y a mí mismo. Vi a Jesús en la sonrisa de Shirleny, y nunca he podido dejar de verlo allí por completo. No fue solo un viaje. Fue un punto de cambio.

Encontrar paz

Durante la mayor parte de mi vida, supe cómo seguir moviéndome. Sabía trabajar. Sabía arreglar. Sabía presentarme cuando hacía falta. Sabía ser útil. Lo que no sabía era cómo descansar. Un arreglador puede funcionar con la sensación de ser necesario durante mucho tiempo, pero eso agota. Ser útil no es lo mismo que ser amado. Ser necesario no es lo mismo que ser conocido. Ser el arreglador no es lo mismo que estar seguro.

Más adelante en el camino, Dios trajo a Fanny a mi vida. Con ella encontré algo que no sabía completamente que necesitaba: paz. No una vida sin problemas. Todavía hay distancias, papeles, demoras, frustraciones, días difíciles y la tentación ocasional de regañar a todo un sistema de inmigración. Pero debajo de todo eso, hay paz.

La presencia de Fanny permite que mi alma se relaje. Ella no exige actuación. Trae risa, estabilidad, confianza y descanso emocional. Para un hombre que aprendió temprano a vigilar cada cuarto, no es poca cosa estar con alguien que se siente segura. Para un protector y arreglador de toda la vida, es sanador ser amado sin tener que ganárselo resolviéndolo todo.

Todavía trato de arreglar cosas. Esa parte de mí no desapareció. Todavía estoy aprendiendo dónde termina ayudar y dónde empieza cargar. Todavía estoy aprendiendo que no toda carga lleva mi nombre escrito, aunque alguien me la entregue con mucha confianza.

Pero con Fanny, he aprendido algo sobre descansar. Reír. Confiar. Respirar. Ser un hombre, no solo una caja de herramientas con opiniones. Y en esta etapa del camino, la paz no es poca cosa.

Todavía en el camino

Todavía no he terminado. Sigo siendo un viajero imperfecto. El niño que observaba el cuarto y cargaba demasiado todavía aparece en mí. Aparece cuando pienso demasiado. Aparece cuando trato de arreglar de más. Aparece cuando uso el humor para desviar el dolor. Aparece cuando repaso un momento y me pregunto si pude haberlo manejado mejor. Pero Dios ha sido paciente con ese niño. Dios también ha sido paciente con el hombre.

Al mirar hacia atrás, veo Su mano en lugares que antes no notaba: en los cuartos difíciles de mi niñez, en las aulas donde me sentía atrasado, en el santuario de la iglesia, en la sonrisa de Shirleny y en la paz tranquila que he encontrado con Fanny. Lo veo en la risa. Lo veo en las pérdidas. Lo veo en los errores. Lo veo en la gracia que apareció de todos modos.

La vista desde aquí es más clara de lo que era antes, pero todavía pasa por un vaso agrietado. Mi vida no es una vitrina de trofeos, un currículum ni un monumento terminado. Es un camino largo, sostenido más por la gracia que por la fuerza.

Sigo caminando — todavía aprendiendo, todavía riendo cuando puedo, todavía llorando cuando debo. Ahora sé que el amor no tiene que ser peligroso. La lucha no significa fracaso. El humor puede sanar cuando no se usa para cortar. Los títulos importan mucho menos que el fruto. La gracia nos encuentra mientras todavía estamos llegando a ser.

No soy el hombre que fui. Todavía no soy el hombre que espero ser. Y no viajo solo.